

CAPITULO V
De la guerra a la paz



CAPITULO V

DE LA GUERRA A LA PAZ

La etapa política de cerca de dos años consumida en Burgos tenía un objeto principal: conseguir la victoria y prevenir las necesidades de mayor volumen que la guerra dejaría en herencia a la paz. A esto había de plegarse todo y ya he indicado cómo -por esta razón- el primer Gobierno fue, en realidad, un Gobierno de concentración. El Gobierno funcionó sin notables peripecias hasta que el fin de la guerra impuso otra realidad. Entre tanto sólo se produjo un cambio: la sustitución del Ministro de Educación Pedro Sainz Rodríguez, de cuya cartera quedó provisionalmente encargado el Ministro de Justicia, y del despacho de los asuntos como Subsecretario Alfonso García Valdecasas, fundador de la Falange, de la que luego se separó para incorporarse de nuevo a ella durante la guerra.

De aquella preocupación central por los problemas de la guerra y de su herencia fue buen testimonio, en lo que a mi labor respecta, la creación de la Dirección General de Regiones Devastadas que confié en un principio a don Joaquín Benjumea Burín, hombre competente y serio, de clara inteligencia, de notoria probidad y extraordinaria capacidad de trabajo, a quien la guerra había arrebatado un hijo el primer día del movimiento en Sevilla. Con su auxilio y con el de Lorente Sanz -mi inapreciable y máximo colaborador desde la Subsecretaría del Ministerio- trabajé en la creación del régimen especial, flexible y eficiente, que había de permitir a este organismo asumir la tarea de recomponer cuanto la guerra había destruido en el orden material en pueblos y ciudades. Ya instalados en Madrid, y mientras permanecí en el Ministerio de la Gobernación, seguí cuidando de esta obra como algo que merecía atención preferente. Cuando salió de mis manos era ya una realidad en plena marcha. Bajo la dirección de Moreno Torres se había celebrado la impresionante exposición de 1941 en la que el plan quedaba delineado en sus menores detalles, incluso estilísticos, y los medios económicos y el sistema de administración estaban definitivamente resueltos.

La marcha militar de los acontecimientos fue regular durante estos dos años. Hubo ciertamente crisis o "baches" -como entonces se decía- pero nunca se tuvo la más remota impresión de que el resultado de la guerra pudiera sernos adverso. En realidad las fuerzas no eran muy desiguales. Los rojos tenían mejor situación financiera y diplomática que nosotros y recibían del extranjero grandes refuerzos. Imponían además en su zona una política de feroces represiones -incluso sobre los partidos revolucionarios no gratos a Moscú-, que hacían improbable una crisis interna. La *resistencia* nacional en aquella zona estaba articulada en la escasa medida de lo posible; pero el terror impedía su mayor eficacia y más allá del sabotaje o la información no podía esperarse de ella ninguna acción decisiva.

Los rojos, como nosotros, disponían de un único ejército de maniobra y, por lo tanto, la guerra apenas conoció acciones simultaneas de envergadura. Con frecuencia ellos tenían la iniciativa y planteaban las batallas; pero las batallas las ganábamos nosotros. Algunos militares daban a esto una explicación que parece fundada: Los rojos disponían de un Estado Mayor ágil y competente, pero no superior al nuestro. En cambio su inferioridad era visible en cuanto se refería a los mandos subalternos ejecutantes de los planes, que aquí eran esplendidos.

Su ejército era además menos voluntario que el nuestro, mucho menos entusiasta y convencido. El sistema de terror engrosaba los frentes con masas poco dispuestas a batirse hasta el último extremo, en tanto que nuestros soldados combatían fanáticamente¹.

Por otra parte su retaguardia -mantenida en orden relativo a golpe de checa- distaba de tener la buena salud de la nuestra donde resistencias y sabotajes eran casi desconocidos. También económicamente, y pese a la mejor situación financiera de su Estado que poseía el oro y las industrias, ellos eran más débiles. Estaban bajo mando nacional las grandes zonas agrícolas y ganaderas y no pesaba sobre ellas el problema de alimentar a los grandes centros urbanos. Por otra parte la política revolucionaria a que ellos se vieron forzados por sus programas -eliminación de empresarios, colectivización, etc.- arruinaron prácticamente la vida económica de la zona roja.

Merced a estos factores, y no a una ayuda exterior más o menos intensa, la guerra, corta o larga, no podía acabar sino con la victoria nacional.

Este convencimiento permitía al Gobierno nacional mantenerse en una línea pura de intransigencia respecto a cualquier intento de mediación o de componenda. Sólo una victoria neta podía eliminar el germen de cualquier guerra civil futura, al menos durante mucho tiempo. Sólo una rotunda victoria podía dar a España la oportunidad de rehacer su Estado destruido por la Republica, elevar el nivel de vida de los españoles mediante una dedicación larga y sin discusiones a la obra de revalorización económica del país, mediante una revisión enérgica y revolucionaria, pero no destructora, de la situación de las diversas clases sociales en la vida nacional. Si la lucha de clases es en cualquier lugar un desgaste insoportable, en un país económicamente atrasado era una catástrofe: su radical supresión era condición previa para cualquier obra de progreso material, aunque, desde luego, echaba sobre los hombros del Estado la tarea revolucionaria ineludible de instalar dignamente alas clases humildes y defenderlas de los abusos de las dominantes. Era y es para mi axiomático que ya nada que no sea inteligentemente revolucionario puede ser conservador.

También desde el punto de vista de engrandecimiento de la Patria era indispensable lograr una reeducación política de las masas y sobre todo una nacionalización de las hasta entonces dominadas por el comunismo. Cualquier compromiso injerto en la paz hubiera dejado la puerta abierta para volver al estado de cosas anterior, al estado de cosas que había hecho imprescindible la guerra civil.

Esta actitud neta y rectilínea explica la escasa atención que en nuestra zona se prestaba a los acontecimientos políticos de la zona roja donde, por otra parte, el predominio del sector comunista y la dependencia de Moscú a través de Negrín eran cada vez más patentes.

¹ *Vistas las cosas a la luz de una información mejor esa diferencia en el nivel de voluntariedad y entusiasmo no parece fundada. En cambio si puede sostenerse que las huestes de nuestro lado estaban mucho mas disciplinadas que las del contrario y que la concentración de recursos bajo la acción del mando era aquí mucho mayor y más segura. (Véase el libro del profesor Carlos Rojas "Por que perdimos la guerra", Ediciones Nauta, S.A., Barcelona, 1970). Respecto a la calidad del Estado Mayor adversario he tenido ocasión de escuchar, incluso entre nuestros jefes militares más ilustrados, las más entusiastas ponderaciones sobre la seriedad y el talento del general Rojo -católico practicante-, quien después de un largo exilio vino a morir solitariamente en España.*

A partir de un cierto momento, verosíblemente antes de la batalla del Ebro, la confianza en una victoria roja no era sostenida por ningún dirigente de aquel bando, sinceramente. Los vagos rumores de mediación o arbitraje que llegaron a la zona nacional y fueron rebatidos -con una clamorosa adhesión popular- mediante intensa campaña de prensa procedían todos de zona roja². Seguramente Prieto -el hombre de mayor calidad de aquel equipo- deseó y propugnó una solución semejante. Para ello hacía falta que en zona roja y en zona nacional hubieran llegado a dominar las fuerzas menos opuestas entre si. Acaso Prieto pensó en serio en lograr una aproximación del falangismo al socialismo. El falangismo era -pudiéramos decir- la más izquierdista de la zona nacional: representaba en ella un revolucionarismo social antimarxista, pero no menos radical que el socialismo moderado. Agentes de Prieto fomentaron la formación de un pseudomovimiento -la FEA (Falange Española Auténtica)- radicado en el sur de Francia, compuesto por escaso número de agentes y que apenas pudo confundir a nadie. Partía del supuesto -por otra parte exacto- de que la Falange no había llevado sin disgusto su unión a otras fuerzas que tiraban de ella hacia la derecha y la desvirtuaban un tanto. Pero olvidaban que el sentido nacional del falangismo continuaba intacto por lo que la maniobra resultó fallida. Por otra parte Prieto ya no era nadie en zona roja. Dominaba allí el *enemigo absoluto*, con el cual no cabía acuerdo posible.

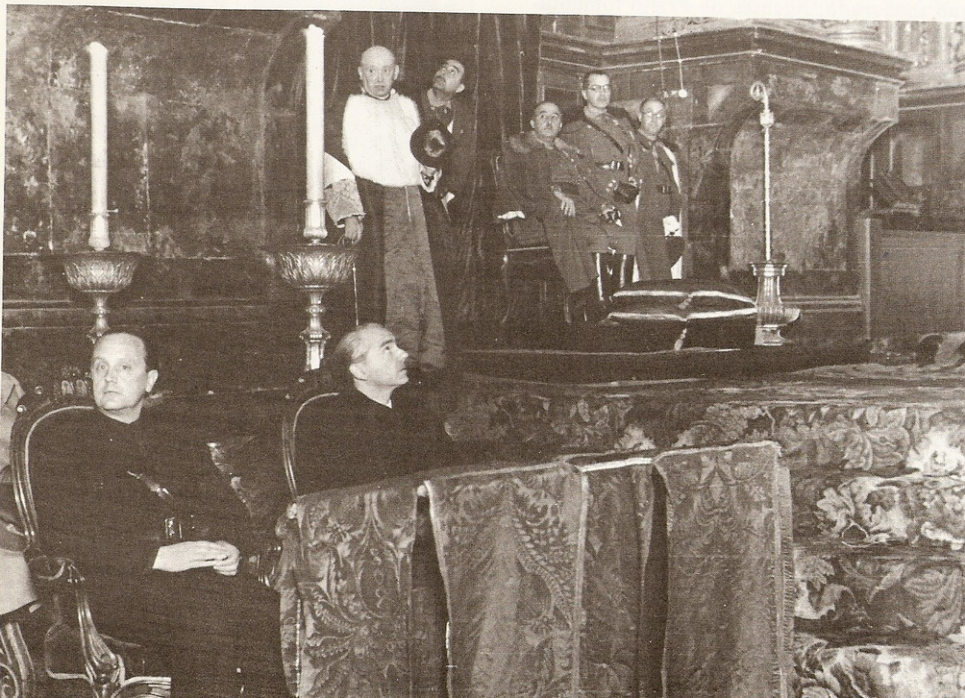
Puestas las cosas así -y poseídos nosotros de la evidencia de que sólo una victoria total y absoluta podría ser, incluso, el instrumento adecuado de pacificación y hasta la salvación de la masa enemiga- los sucesos políticos de zona roja sólo podían interesar al servicio de información militar.

Más interés, en cambio, debía producirnos la política exterior del enemigo. Me parece seguro que Negrín -al contrario que Prieto- no deseaba la mediación. Deseaba alargar la guerra civil y conseguir el incidente para que la guerra europea se conectase con nuestra guerra civil. El ambiente del mundo estaba enrarecido después de la anexión de Austria por Alemania y todo lo que a ella siguió. No era absurdo pensar en tal posibilidad ni en su fatal repercusión en España. Negrín que no regateó nada a Rusia no hubiera respetado más ante las democracias la independencia de España. En cambio para nosotros y para España esa complicación era la catástrofe. Así pues, si la política roja se encaminaba a alargar la guerra y buscar incidentes, la nuestra debía encaminarse a hacer la guerra rápida y a evitar fricciones exteriores. El empeño del enemigo -que aun no ha cesado por presentarnos como una pieza del Eje exigía de nosotros -necesitados de la protección en muchos órdenes de algunas potencias un tacto exquisito. Y sobre todo un celo aun mayor por la autenticidad de nuestra independencia, cosa para la que ciertamente no necesitábamos estímulos. A esto, a la falta de compromisos exteriores, a la plenitud de independencia -incluso económica- con que España salió de su guerra tuve muy buen cuidado de referirme en mi discurso del Palacio Venecia en Roma -mi primera actuación exterior- cuando fui allí acompañando a los voluntarios italianos que regresaban: Ciertamente -dije- que algunos (de aquellos voluntarios) quedaron en España, pero no ejerciendo dominación política o actividad industrial, ni perforando

² No cabe duda de que en el sector republicano hubo tentativas para crear el clima de una negociación buscando los buenos oficios de Inglaterra. La reacción que en nuestra zona tuvo lugar a favor de la victoria total encendió el celo de algunos hasta el punto de producirse denuncias que acabaron en procesos, como el seguido contra el catedrático Joaquín Garrigues. Aparte de estos excesos, fruto natural del ambiente de entonces, es evidente que la idea de la mediación solo hubiera sido oportuna -necesaria- en los comienzos de la guerra antes de que se hubiera vertido tanta sangre inocente. Después, había va tanto sacrificio y pesadumbre por medio que, junto a una moral de victoria absolutamente generalizada, le quitaba toda posibilidad. Por otra parte en la zona contraria se combatió la idea con no menor virulencia cuando Indalecio Prieto, el hombre que propugnó una solución semejante, no era va nadie allí donde dominaba el enemigo absoluto: Largo Caballero y Negrín.



Don Ramón Serrano Suñer con Franco a bordo del "Júpiter", en la primavera de 1938.



Visita a la catedral de Santiago, diciembre de 1938.

codiciosos las capas de nuestro suelo en busca de nuestra riqueza minera, sino enterrados junto a muchos miles de soldados nuestros en una ofrenda a Europa y a la civilización que ni España ni Italia –sea esta fascista o democrática- podrían nunca olvidar sin traicionarse.

(Nota del editor: En el Palazzo Venezia de Roma el Duce ofreció una comida en honor de la representación española (7 de junio de 1939) donde Serrano Suñer pronunció aquel discurso de gran elocuencia que, por considerarlo especialmente representativo del ambiente y del espíritu de la época en que se produjo, hemos creído del mayor interés incorporar al texto en esta reedición:

Excelentísimo Señor Jefe del Gobierno de Italia:

Con los legionarios italianos, voluntarios en nuestra guerra, venimos desde la España heroica a esta gran nación que vuestro genio ha reencarnado en Imperio.

Ya están aquí todos los legionarios de Italia. Procedan a su recuento los grandes contables de Europa para comprobar si alguno falta. Y la verdad es que todos no están, que cerca de 4.000 quedaron en España; pero no ejerciendo dominación política, ni actividad industrial, ni perforando codiciosos las capas de nuestro suelo en busca de los yacimientos de nuestra minería. Quedan allí junto a muchos miles de soldados españoles, caídos en las mismas trincheras, sepultados sus cuerpos, pero no así sus nombres, su espíritu y su memoria porque bien sabéis, Duce, que a los héroes no hay en la tierra, tierra bastante para cubrirlos.

Al volver vuestros soldados no os traen oro ni bienes materiales; vuelven pobres como marcharon. Tres cosas traen, sin embargo, que nadie podrá quitarles: el orgullo de su Raza, el laurel de la Victoria y el amor de España.

En nuestra Patria, gentes en ella nacidas, pero desde fuera dirigidas por la Anti-España, pugnaban por destruir nuestra civilización cristiana. El heroísmo tradicional de nuestro Ejército y el brío de nuestra juventud encuadrada en sus Mandos, se bastaba y se sobraba para abatir a aquellos bárbaros del siglo: Alto de León y crestas de Somosierra, la épica resistencia del Alcázar; el avance audaz sobre Madrid hasta la Casa de Campo, la Ciudad Universitaria y el Jarama; Alcubierre, Oviedo, Huesca y tantos otros nombres son de ello buena prueba.

Pero un día, por los pasos y por los riscos del Pirineo, se descolgaron en tropel sobre España hombres de todas las razas y países, provistos de toda clase de material y pertrechos de guerra. Y sólo entonces la Italia fundadora vino a cumplir con el deber de defender su propio patrimonio espiritual y a solidarizarse, generosamente, con la nación hermana del otro lado del mar latino.

Naciones decentísimas y humanitarias, que por medio de sus representantes habían presenciado imperturbables cómo se asesinaba a nuestros hermanos en las calles de la capital, y en toda la España roja, y que a diario sabían de nuestras torturas en las cárceles y en las chekas, sólo se escandalizaron con vuestra presencia en España afirmando que veníais a invadirnos.

¿Cuántas Divisiones? ¿Cuántas Escuadras? Aeroplanos, submarinos ¿cuántos?, se preguntaban. Y un día os quedabais en Málaga, y otro os establecíais en las bases de Baleares, o bien preferíais Santander para abrir así una ventana al mar Cantábrico.

Nosotros gritábamos ante el mundo que ello era una ofensa que a la vez hería nuestra dignidad indomable de pueblo libre y menospreciaba la generosidad de Roma. Pero nosotros éramos pobres y ellos tenían oro que les daba poder para aturdir al mundo con el estrépito de su mentira y para no dejar que se escuchara la voz ni se conociera la verdad de España.

Mas, como no hay plazo que no se cumpla, llegó la victoria de nuestras armas y con ella vuestra salida de España. Por eso nosotros, en este momento, a los que nos ultrajaron, a los que quisieron llenar de cieno el santo nombre de la Patria, a ellos y al mundo entero tenemos el derecho -y el deber- de decir que las gentes y las Prensas que tal dijeron conquistaron a pulso el titulo de vulgares calumniadores.

El ideal de España no es el odio ni la guerra, sino la paz. La paz para establecer sobre ella, con la justicia y el trabajo, el poderío y la grandeza de nuestro pueblo. Pero esto antes que otra cosa, antes que ninguna otra cosa; porque justamente por esto cayó nuestra juventud en los frentes de batalla y por esto también caeríamos nosotros todos, ofreciendo nuestras vidas a la Revolución española, para que no se malograra en la esterilidad la sangre de nuestros héroes.

Queremos la paz, si, pero una paz que nos permita ser fuertes, no una paz que nos haga esclavos.

La herencia indivisa de nuestras glorias ha sido aumentada en los campos calientes de la guerra de España. Yo pido a Dios que el porvenir reserve a nuestros pueblos el servicio a un gran destino común.

Porque ello sea así, yo levanto mi copa y mi pensamiento por la prosperidad del Rey-Emperador, por la del Duce y por la gloria del Imperio que el, con el instrumento de la revolución fascista, ha sabido forjar.)³

Nuevos diplomáticos

Se produjeron en esta etapa algunos cambios en el panorama de las representaciones extranjeras en la España nacional.

Al fugaz Cantalupo había sucedido en la representación de Italia el Conde Viola di Campalto, diplomático discreto casado con una Thaon di Revel de la familia del Gran Almirante. Como ya he dicho, van Stohrer sucedió a Fauppel en la representación de Alemania. Venia también, a causa de su antecesor y de sus colaboradores, prevenido contra mí, y nuestros primeros encuentros -al margen de la relación propiamente

³ *Aquella noche se rompió el protocolo siempre seguido en el Palacio Venecia –según Ciano me contó- porque mientras el Duce leía su discurso yo en lugar de leer hablé con emoción comunicada al auditorio que aplaudió calurosamente. Al citar a los caídos italianos los militares españoles que me acompañaban tuvieron, el gesto caballeresco de levantarse y ponerse en pie y todos los demás los siguieron haciendo lo mismo. El conde Ciano me dijo luego: "Has quebrantado el protocolo de este lugar en el que no se aplaude nunca". No se si se trataba de un halago o de un reproche.*

diplomática que a mi no me incumbía- fueron fríos. Más tarde mantuve con él una relación frecuente y amistosa y en las horas de triunfo del Eje debo decir que fue un Embajador comedido y cortés, muy comprensivo de la situación española. Era un hombre gigantesco y fuerte. Un largo habitillo profesional limaba en las aristas propias de todo alemán típico. Ya en su juventud había tenido un puesto subalterno en la Embajada de España, junto al Príncipe de Ratibor que era el Embajador. Además, había pasado por América y comprendía el idioma y el carácter españoles con notable claridad. En la época de Burgos, no obstante, fueron, según he dicho, nuestros encuentros infrecuentes y recelosos. Más próximas y cordiales resultaron en el primer momento mis relaciones con el Embajador portugués Pedro Theotonio Pereira, ex-Ministro, hombre de notoriedad en la política de su país, fundador de las "Mocidades" portuguesas y amigo de España. Llegado a este punto tengo el deber de recordar cuanto fue noble y valiosa la ayuda que Portugal prestó a la España nacional desde el primer momento. Indudables fueron los servicios de Radio Club portugués en los días indecisos iniciales del Movimiento. Como jefe, entonces, de los servicios de Prensa y Propaganda hice organizar en la Radio Nacional de España un homenaje a Portugal con motivo del primer aniversario de la liberación del Alcázar de Toledo, cuyos defensores habían recibido especial aliento de aquella radio. Se pronunciaron discursos. Habló el Embajador Pereira en nombre de Portugal. En nombre de España el General Moscardó y yo. Por nuestra parte hice aquel día la primera declaración formal de la España nacional sobre la incuestionable independencia de Portugal, que era un supuesto de nuestra política. Era esta entonces una declaración justa y necesaria. Necesaria porque la Delegación Nacional de "Auxilio Social", entonces residente en Valladolid, lanzaba unas propagandas con el mapa de *España Ibérica* que había producido naturales recelos en el país vecino. Contra estos excesos de Martínez de Bedoya y otros jóvenes hubo que reaccionar en aquella forma. La declaración era justa además por correspondencia a la muy noble actitud de los portugueses y reconocimiento de un hecho histórico secularmente consumado. Pretendía España -codiciosa de su gran resurgimiento- establecer una auténtica solidaridad entre la política de los dos países hermanos mediante una férrea alianza que, según nosotros pensábamos, podía relevar a Portugal de otros compromisos. Esta posición no fue entonces un mero alarde convencional. Más tarde, cuando el Imperio inglés sufría sus horas de crisis y Alemania sugería la posibilidad de consumir la unidad peninsular, supimos rechazar semejantes insinuaciones, manteniendo sobre el supuesto de la plena independencia portuguesa la tesis de la alianza o bloque peninsular⁴.

Aquel acto meramente propagandístico pero que de hecho prejuzgaba la posición española en las relaciones con el país vecino, no dejó de producir un pequeño revuelo por cuestión de competencia- en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Como quiera que mis manifestaciones habían sido oportunas y la pasión excluía todo reconocimiento de justicia para mi labor, se me atacó por el lado de que esto pudiera ser competencia de otra persona. Y recuerdo que, cargado de tanta pequeñez y tanta tontería, un Secretario

⁴ *La invitación de Hitler de que ocupásemos Portugal fue clara y explícita -¿repetía con ello el ardid de Napoleón con Godoy?-. Quizá porque con ello creía poder meternos en la guerra y traer sus tropas a la península como Bonaparte, sin riesgo de impopularidad. No tuve que consultar con nadie para replicarle con una negativa tajante. Hitler me mostró entonces un mapa de la península ibérica y señalándome el escaso valor natural de la frontera me dijo: "¿Pero no cree usted que esto es un absurdo?" Yo repliqué: "No, no es un absurdo. Una situación que se mantiene durante ocho siglos no es un absurdo, es una realidad irrevocable". Tampoco faltaron por parte de Hitler otras tentaciones y, tal vez teniendo en cuenta mi apellido, me puso ante los ojos perspectivas todavía más absurdas y delirantes: El Rosellón, la Cerdeña...*

mío con travieso ingenio -un tanto impertinente- replicó a alguno de los que reclamaban en el mentidero del Hotel Condestable (el acto se había celebrado después de cenar):

-Si, pero es que ese otro señor no sale de noche⁵.

Muy avanzada la guerra se decidió la Gran Bretaña a enviar a Burgos un observador o agente oficioso, Sir Robert Hodsson, a quien no llegué a tratar.

Había un americano -sin título aparente que trabajó con gran interés por nuestra causa y también residía en Burgos, un representante de la Standard Oil, que aprovisionaba sin límite de carburante al Ejército nacional⁶.

Los franceses seguían haciendo visitas particulares y amistosas: Rene Benjamín, Robert Brasillach, autor de los "Cadetes del Alcázar", gran escritor y poeta que se mantuvo con valor inquebrantable durante su proceso político y murió fusilado con ejemplar entereza; Henri Massis, el Académico Claude Farrere, el General Duval, Almirante Joubert, el insigne pensador político Charles Maurras, uno de los franceses más radicalmente antialemán de siempre ("cocardier"), pero condenado a cadena perpetua que extingue en la cárcel de Lyon con su dignidad y su energía indomables, que no abaten la edad ni el sufrimiento; Bernard Fay, Pierre Hericourt, Xavier Vallat, Pierre Taittinger, el Obispo de Chartres con el canónigo Poliman, Andre Nicolas, Jean Tharaud. Ninguno de ellos totalmente identificado con nuestro sistema político, muchos discrepantes, pero todos grandes e inolvidables amigos de España; franceses sobre todas las cosas, preocupados de establecer la debida distinción entre Francia y el Gobierno del Frente popular que no agotaba, ciertamente, las glorias de la historia de su patria. También pasó por Burgos J. Doriot, el presunto jefe de un movimiento nacional sindicalista francés. Recuerdo que Jesús Pabón, jefe de Prensa extranjera en mi Ministerio, lo introdujo en mi despacho. Me pareció Doriot un hombre tosco y de escasa personalidad, pero sincero.

El mariscal Pétain, embajador de Francia

Terminada la batalla del Ebro, en la que Francia había tornado la máxima intervención a favor del Ejército rojo, el Gobierno francés dio por pérdida la cuestión y envió a Burgos como agente oficioso a M. Berard, con quien el Conde de Jordana concluyó el pacto conocido con el nombre de ambos signatarios. Cumplidas estas formalidades previas se produjo el reconocimiento oficial y la España nacional recibió como Embajador al Mariscal Pétain lo que fue -he de reconocerlo honradamente- acierto singular del Gobierno francés. Ningún otro hubiera podido cumplir una misión tan difícil: la de representar ante la España vencedora a un Estado que había sido prácticamente beligerante contra ella. Recordaré la presentación de credenciales del Mariscal Pétain como suceso notable y significativo de la etapa de Burgos. Apenas se hicieron públicos el reconocimiento de Francia y su designación de Embajador comenzó a notarse en Burgos un ambiente especial que hacía presagiar algún incidente. El Mariscal Pétain era ciertamente un hombre admirado y querido por los españoles. No sólo se tenía presente su gloria y su calidad de militar, sino que se recordaba su no muy lejana colaboración en

⁵ Nota del editor: Se incluye en los apéndices el discurso a que se refiere el autor

⁶ No fue la Standard Oil sino la Texas Oil Co (Texaco). En su interesante libro "Así fue? Enigmas de la guerra civil española", Ediciones Nauta, S.A., Barcelona, 1972, José Luis Vila-San Juan dice que la Texaco tuvo luego intereses importantes en España y fue incluida entre los accionistas del I.N.I.

Marruecos con el Ejército español cuando Francia y España concertaron la acción común pacificadora del territorio. Pétain obtuvo entonces la Medalla Militar española. Pero acaso para la masa exaltada de combatientes y patriotas esta designación del Mariscal era una razón más de hostilidad hacia Francia. La opinión comprendió que con la noble figura del Mariscal la Francia de la batalla del Ebro quería mostrar un segundo rostro -el de la Francia inmortal- para parar los golpes. Y así era. Lo que, repito, fue un gran acierto de los franceses, un acierto del que los políticos sectarios del mundo entero podrán siempre aprender.

Como fuere, podía preverse para la presentación de credenciales una jornada violenta o por lo menos bochornosa. Ya días antes de llegar el viejo Mariscal habían aparecido los puentes y muros del río Arlanzón con algunos letreros alusivos. Grupos de combatientes y falangistas mostraban su inequívoco propósito de manifestarse en aquella ocasión. Por mi parte -es un dato pintoresco- tuve por la policía confidencia de que la venta de silbatos había sido tan grande, no sólo en Burgos sino también en Valladolid, Salamanca, y otras poblaciones próximas, que tales instrumentos habían desaparecido del comercio. Temeroso de lo que pudiera ocurrir el Conde de Jordana se entrevistó conmigo. Iba demasiado lejos en sus sospechas. Lo hizo asimismo con el Jefe del Estado para que se tomaran las medidas más enérgicas contra cualquier clase de desorden o manifestación. Resueltamente hice saber que mientras yo fuese Ministro la fuerza pública no cargaría contra las gentes que quisieran en aquel momento expresar sentimientos que a nadie podían sorprender. Era un hecho natural. Esto no obstante creí estar en condiciones de evitar sin violencia cualquier escándalo o desorden y me hice responsable de cuanto pudiera suceder. Contra las sospechas de los maliciosos estaba yo absolutamente decidido a que no sucediese nada, y así se lo garanticé a mi colega de Asuntos Exteriores. Mas tampoco podía yo amañar un homenaje popular. ¡Las cosas en su punto! Un Embajador y por añadidura un Mariscal de Francia, no podía recibir afrenta: la hidalguía, la corrección y la hospitalidad de España, lo impedían. Pero el deseo legítimo del pueblo era mostrar su buena memoria con respecto a las ofensas recibidas y ello no podía dejar de quedar patente de alguna manera. Con esta doble finalidad ordené acordonar por la fuerza pública las calles que había de recorrer el Embajador y se ordenó, asimismo, que todas las ventanas permanecieran cerradas y sin gente. Desiertas también las aceras. Un silencio de sabor antiguo, que nos hacía pensar en el que habría en las calles de Burgos cuando el Cid pasara hacia el destierro, envolvía la vieja capital castellana. En aquel ambiente desierto, pétreo, silenciosamente hostil, correctamente mudo, se produjo la inolvidable ceremonia. Así cruzó las calles, escoltado por un escuadrón de caballería, el vencedor de Verdún.

La ceremonia en el Palacio de la Capitanía General, donde Franco tenía su pequeño salón del Trono, fue también impresionante. Lívido, afectado, contenida su emoción con frío y venerable empaque militar, erguido sobre sus ochenta años, estaba el Mariscal. Se cambiaron sobrios discursos. Después fue presentado al Gobierno. Al estrecharme la mano se detuvo un momento frente a mi.

El viejo Almirante Cervera, que llevara el peso y el mando de la Marina española durante nuestra guerra, me habló con una hermosa emoción en la que luchaban el sentido del agravio y de la cortesía. Por mi parte creo que en aquella ocasión deje debidamente a salvo la cortesía y la memoria. El Mariscal debió comprenderlo así y, visiblemente impresionado por ambas manifestaciones, se mantuvo con aquella su gran dignidad que aumentaba nuestro respeto.

Pronto, pasado aquello, Pétain logró una relación verdaderamente afectuosa conmigo y con todo el Gobierno. Fue el personalmente -el solo- quien supo ganarla pese a la recentísima e inolvidable actitud de su país; fue él quien puso en las relaciones hispano-francesas una nota de cordialidad que a cualquier otro Embajador habría sido imposible conseguir. Su figura -como otras veces su espada- ganaba una batalla para Francia, para la Francia permanente. Sólo Dios sabe hasta que punta en jornadas muy posteriores habría de ser decisiva esa obra del gran soldado ahora condenado y preso. Con razón dijo Gracián: "Ser héroe del mundo poco o nada es..."

Fin de la guerra civil

La campana de Cataluña -liquidada la batalla del Ebro- fue el último esfuerzo serio que hubo de realizar el Ejército nacional. Caída Barcelona sin extremada resistencia, la guerra podía darse por decidida y terminada. El gobierno roja emigró, huyeron por millares los combatientes que no pudieron quedar ocultos a que se sabían responsables de crímenes y desafueros. En Madrid se iniciaba la tirantez entre el partido comunista y los elementos militares y moderados de la República. El triunfo cruento de estos últimos sobre aquellos había de entregarnos finalmente la capital sin disparar un tiro. Justo es consignar que el buen sentido del Coronel Casado y de sus compañeros evitó la última parte del drama⁷. Las etapas campamentales y provinciales de Salamanca y Burgos concluían para la España nacional que ya era desde entonces, físicamente, toda España.

⁷ *Quiero, debo, citar aquí a Julián Besteiro, socialista, hombre íntegro y patriota, que fue uno de los artífices del incruento desenlace*

Coronel Segismundo Casado.



Fernando Fernández de Córdoba lee por los micrófonos de Radio Nacional de España, en la noche del 1 de abril de 1939, el último parte de guerra. A su izquierda, Antonio Tovar; a su derecha, el Teniente Coronel Barroso, jefe de Operaciones del Cuartel General. Son reconocibles, también, el Comandante Medrano y el Comandante Peral, Ayudante del Generalísimo.

